

Argentina, de la crisis neoliberal a la crisis del neodesarrollo, de Kirchner a Macri. Hipótesis sobre el tiempo que nos toca

Mariano Félix

Absurdo suponer que el paraíso
es sólo la igualdad, las buenas leyes.
El sueño se hace a mano y sin permiso,
arando el porvenir con viejos bueyes.
Silvio Rodríguez, *Llover sobre mojado*.

Introducción

La caída del proyecto neoliberal en la Argentina, allá por el año 2001, abrió el camino a una crisis transicional violenta e incierta. Las clases dominantes en Argentina se vieron forzadas a abandonar el llamado Plan de Convertibilidad, la táctica que articuló la etapa superior del neoliberalismo en Argentina. Nacido de la crisis anterior –la crisis hiperinflacionaria de 1989/1990– el Plan de Convertibilidad vino a consolidar el proceso de ‘reestructuración regresiva’ capitalista que la Argentina venía atravesando con claridad desde mediados de los años setenta (1975/1976). La Convertibilidad supuso la apertura de nuevos campos para la inversión del gran capital transnacionalizado (privatización de empresas públicas, adquisición de capitales privados locales, apertura de nuevos espacios de valorización), la conformación de un marco monetario rígido (convertibilidad del peso al dólar, tipo de cambio fijo) y la desregulación de los mercados de trabajo y del conjunto de las relaciones económicas (apertura unilateral comercial, productiva y financiera de la economía). En esta etapa se crearon las

condiciones materiales, simbólicas y legales para consolidar una nueva estructura política, social y técnica del capital (tanto en su forma de capital variable –fuerza de trabajo– como forma de capital constante) apoyada en un nuevo patrón de saqueo de las riquezas naturales y bienes comunes, de superexplotación de la fuerza de trabajo y de apropiación del cuerpo de las mujeres. Estas serían las bases del nuevo proyecto de neodesarrollo en Argentina.

Neolib-exit

Las contradicciones del proyecto neoliberal vernáculo, las luchas sociales y políticas, y la crisis neoliberal en el sur global, condujeron a las fracciones dominantes del capital a dar un salto al vacío. En ese salto debió crear nuevas condiciones para que (a) la nueva estructura del capital pudiera valorizarse y (b) para que las contradicciones sociales pudieran canalizarse productivamente para el capital. Esa estrategia debía además tender a desplazar en tiempo y espacio las contradicciones inmanentes al proceso de valorización del capital.

La crisis del proyecto neoliberal en Argentina fue atravesada en 2002 con un programa de transición impulsado por el gobierno del peronista Eduardo L. Duhalde. Un ajuste macroeconómico brutal acompañado de una nueva generación de políticas sociales masivas y la represión del movimiento popular, consiguieron recuperar la hegemonía social del capital y crear el marco para la recuperación económica. Sin embargo, la muerte en junio de 2002 de dos activistas, integrantes del movimiento piquetero, y la movilización popular que sucedió a ese hecho crearon el clima social para acelerar la sucesión política. A comienzos de 2003 era elegido como presidente un integrante del mismo movimiento político que Duhalde (y que el presidente neoliberal entre 1989 y 1998, Carlos S. Menem), C. Néstor Kirchner, con sólo el 23% de los votos en la primera vuelta electoral. En un marco económico ya expansivo (entre el primer trimestre de 2002 y el primer trimestre de 2003 el PBI creció un 5,4%), el gobierno de Kirchner se puso en marcha para consolidar la hegemonía de un nuevo proyecto de desarrollo capitalista posible en la periferia. El kirchnerismo (tendencia política liderada por Kirchner en el interior del peronismo) nombraría este intento como “capitalismo en serio”.

Kirchnerismo, neodesarrollismo y ‘capitalismo en serio’

Ese proyecto de capitalismo local autónomo (‘nacional’) pretendió recuperar la experiencia histórica del desarrollismo que en los años 1950 y

1960 fue preeminente en el ideario de las clases dominantes y –a través de él– sería el discurso hegemónico en el Estado (Marini, 1994). La burguesía *dit* nacional sería convocada a convertirse en actor dinámico del proceso de acumulación de capital y los sectores populares organizados serían invitados a compartir los frutos del ‘crecimiento con inclusión social’ (Fé-liz, 2012).

Esa invitación se tradujo en una combinación variable de políticas laborales y sociales que en paralelo permitieron canalizar la conflictividad social de las fracciones más radicalizadas del movimiento obrero organizado, por un lado, y del movimiento piquetero, por el otro. Dentro del movimiento obrero, las presiones por debajo para conseguir recuperar las condiciones de trabajo y salario, fueron transmitidas por la vía de los tradicionales sindicatos y las instituciones históricas de la legislación laboral argentina (comisiones internas de fábrica, convenios colectivos de trabajo, salario mínimo, etc.). Por su parte, el movimiento piquetero, reacio a la institucionalización, fue interpelado a través de una generación de nuevas políticas sociales, que eran promovidas por los organismos internacionales de crédito en la región.

El uso discrecional de los recursos e instrumentos de la política social y laboral y la utilización de una política de represión de baja intensidad de la protesta social, permitieron al kirchnerismo ganar aliados y desarticular a los sectores más ‘resistentes’, llevando adelante un exitoso proceso de ‘normalización conflictiva’ de las organizaciones y sus demandas (Dinertstein, Contartese y Deledicque, 2008).

La combinación de un programa de políticas laborales ‘clásicas’ y de políticas sociales basadas en el paradigma de las transferencias de ingreso condicionadas (TIC) convergen de manera tal que reproducen el sesgo de género de la articulación de capitalismo y patriarcado (Anzorena, 2013). En efecto, las políticas laborales actuaron para consolidar la masculinización del empleo formal mientras que las políticas sociales tendieron a fortalecer el papel ‘cuidador’ de las mujeres en los hogares de sectores populares y su empleo mercantilizado en trabajos de servicios precarizados.

Estas políticas sociales y laborales permitieron encauzar el control de la fuerza de trabajo disponible (tanto en el mercado –en la esfera de la ‘producción’– como en los hogares y el espacio público –en la esfera de la ‘reproducción’–) a los fines de garantizar la producción, apropiación y uso capitalista del valor creado en los principales núcleos de acumulación en la argentina en la era neodesarrollista: el extractivismo minero e hidrocarburo-rífero (Voces de Alerta, 2011), el extractivismo vinculado al agronegocio

y la sojización (Svampa y Sola, 2010), el ‘extractivismo’ urbano (Svampa y Viale, 2014) y la industrialización dependiente (Félicz, 2014b). El extractivismo en sus diversas modalidades ha creado formas de producción y reproducción social que conforma espacios sociales como ‘zonas de sacrificio’ (Svampa y Viale, 2014) donde las vidas, la naturaleza y las prácticas comunitarias devienen descartables, con el cercamiento de territorios y la expulsión de las poblaciones, con el saqueo de los bienes comunes (o riquezas naturales) y la destrucción de los comunes en tanto formas de cooperación comunitaria. En estas modalidades de saqueo, la mujeres tienden a llevar la peor parte, pues la combinación de capitalismo y patriarcado en la etapa posneoliberal exacerba las formas de la violencia, expropiación y explotación del cuerpo de las mujeres (Segato, 2014; Falquet, 2016). Por otra parte, la industrialización periférica en la era actual es incapaz de superar los límites del desarrollismo clásico. Reproduciendo los patrones de desarrollo dependiente, el dominio del capital transnacional apoyado en la apropiación de renta del suelo y ganancias extraordinarias provenientes del saqueo de los bienes comunes y de la superexplotación de la fuerza de trabajo precarizada, respectivamente, subordinan la industrialización a la nueva posición (global y regionalmente dependiente) del territorio argentino en la división internacional del trabajo.

Este proyecto de neodesarrollo transnacionalizado se construye a partir de un Estado que –como forma del capital– asume nuevas modalidades. En el neoliberalismo, el Estado nación expresaba la violencia del capital avanzando sobre las condiciones materiales de vida de la población, en el marco del ajuste estructural y la reestructuración regresiva. Era un Estado ‘fuerte’ (Bonnet y Piva, 2013) capaz de disciplinar al conjunto de la sociedad (incluidas a fracciones del empresariado) dentro del plan general de las fracciones devenidas hegemónicas en la clase capitalista. Caído el programa neoliberal en el país, la necesidad de construir una nueva legitimidad social y de consolidar un nuevo patrón de acumulación de capital exitoso (en términos de los objetivos del capital), el Estado pretende constituirse como expresión general de las demandas colectivas de estabilidad y crecimiento. Nace un Estado ‘débil’ que intenta componer esas demandas bajo la forma de un pacto policlasista. En el neoliberalismo, el Estado era expresión general de la necesidad de construir una nueva hegemonía social del capital tendencialmente transnacionalizado. El neodesarrollo se constituye, por el contrario, con un Estado que asume el rol de contener y componer los intereses múltiples de las clases sociales en disputa, en for-

mas de mediación más o menos institucionalizadas. El kirchnerismo surge como la forma más eficaz de canalizar esas necesidades, pues proviene de la tradición nacional–popular del peronismo histórico; así, hereda sus virtudes y limitaciones.

Las fuerzas sociales en la gestión del Estado articuladas en torno del kirchnerismo, proyectan esa necesidad a través de un discurso del orden ‘nacional y popular’ (Félicz, 2012). La conformación de un ‘capitalismo en serio’ que supere al ‘ajuste permanente’ neoliberal debe colocar al Estado en una nueva posición ‘por encima de la sociedad’ con una autonomía política relativa pero, sobre todo, con capacidad para canalizar las demandas de las distintas fracciones del capital y el trabajo en un proyecto ‘nacional’. El kirchnerismo, como fuerza política, utiliza esa ‘necesidad sistémica’ para construir simultáneamente su propia legitimidad social y política. En un contexto internacional expansivo (hasta 2008) y una situación regional que favorece ese corrimiento discursivo hacia la ‘izquierda’ (con la radicalización en 2003 de la revolución bolivariana liderada por Hugo R. Chávez Frías), el kirchnerismo consolida un proyecto de neodesarrollo y se consolida a sí mismo como fuerza política hegemónica por más de una década (2003-2015). De un 22% de los votos totales en 2003, logra 45% en la elección presidencial de 2007 y 54% en la de 2011. No sin dificultades logra desplazar en el tiempo y espacio las contradicciones sociales, políticas y económicas que el desarrollo del capitalismo en Argentina van acumulando desde el comienzo de la nueva etapa.

Una nueva victoria electoral del kirchnerismo en 2011 lleva a la presidencia, por segunda vez, a Cristina Fernández de Kirchner (esposa del ex–presidente). Esa elección inaugura a su vez un proceso de crisis transicional en el proyecto hegemónico neodesarrollista (Félicz, 2015).

En rigor, el punto de quiebre se había iniciado años antes. Entre 2008 y 2009 (en medio del inicio de la crisis global en el capitalismo) el kirchnerismo sufre su primera gran derrota electoral, y se hace evidente la constitución de fuerzas sociales y políticas nuevas en la Argentina. Si la crisis del neoliberalismo desplazó el discurso del ajuste estructural de la escena, el auge y luego estancamiento de la primera etapa del neodesarrollo contribuyeron a consolidar progresivamente fuerzas sociales con voluntad de radicalizar ese proyecto desarrollo de las relaciones capitalistas de producción. Esas fuerzas sociales se articulaban en torno a las fracciones hegemónicas de las clases dominantes (el gran capital transnacional), aquellas fracciones sociales no hegemónicas beneficiadas por el nuevo patrón de acumulación (significativamente, propietarios que alquilan sus campos y actúan

como rentistas) y aquellas fracciones sociales de los sectores populares perjudicados por el impacto de la crisis transicional. Ese amplio abanico de fuerzas sociales heterogéneas socavarán, por un lado, la base social del kirchnerismo y, por otra parte, aportará los fundamentos de nuevas fuerzas políticas que lo superarán a finales de 2015.

El propio proyecto hegemónico va construyendo barreras que se expresan a través del Estado en tensiones crecientes en la política económica y desequilibrios en la reproducción social del capital (Félicz, 2015). En su primera fase histórica, el proyecto de neodesarrollo enfrentará la imposibilidad de neutralizar las contradicciones materiales inherentes al capitalismo en Argentina: entre fracciones rentistas y no rentistas del capital, entre fracciones financieras y productivas del capital, entre capitales transnacionales y capitales ‘mercado internistas’, entre capital y la-clase-que-vive-del-trabajo. Sobre esas contradicciones, el proyecto hegemónico enfrentará además las presiones de la crisis global del capital que situarán al capitalismo argentino en un sendero de nulo o bajo crecimiento a partir de 2008.

Desde lo político, el proyecto social del capital en Argentina deberá absorber el peso de la muerte de Néstor C. Kirchner (en 2010) y posteriormente la muerte de Hugo Chávez. Mientras la primera supone la pérdida del principal articulador de la fuerza política dominante de la etapa, la desaparición física de Chávez presagia el fin de la primera era de avanzada del proceso bolivariano, con sus proyecciones radicales en la región. En el caso de la Argentina, si bien el proyecto de neodesarrollo se encuentra muy lejos del Socialismo del siglo XXI de la Revolución Bolivariana, el aura popular que lo impregna sirve localmente para apuntalar un proyecto societal que pretende construir el mito del capitalismo incluyente.

La crisis transicional que se configura a partir de fines de 2011 construye las bases materiales y simbólicas para un proceso que se avizora como de radicalización neodesarrollista. Esa radicalización supone –por un lado– la desarticulación parcial y temporal de las barreras construidas a lo largo de la década, y –por otra parte– la reconfiguración de las fuerzas políticas y sociales en el poder del Estado. El objetivo de la radicalización neodesarrollista es dar un salto cualitativo en las condiciones de valorización de sus bases estructurales y no desplazarlo por otro proyecto hegemónico.

El kirchnerismo desarrolla una estrategia de ajuste heterodoxo que desplaza las expresiones de las barreras constituyéndose en límites (desequilibrios crecientes), pero no logra evitar la derrota electoral que lo des-

plaza de los espacios claves del Estado en Argentina (la Presidencia y el Congreso). Su derrota electoral (por poco margen) es producto del fracaso de una estrategia que pretendió ‘suspender’ el desarrollo de las contradicciones del proyecto hegemónico hasta pasadas las elecciones presidenciales de 2015 por la vía de una intensificación neodesarrollista progresiva a través del ‘ajuste heterodoxo’ o ‘sintonía fina’.

En el ocaso de la (¿primera?) era kirchnerista, en diciembre de 2015 llega al gobierno nacional la novedosa alianza política ‘Cambiamos’, expresión de una derecha empresarial y hegemónizada por el PRO del presidente Mauricio Macri (y secundado por la histórica Unión Cívica Radical y otras fuerzas menores). Esta fuerza política no ha venido a desarmar el proyecto neodesarrollista –apuntalado por el kirchnerismo– sino a radicalizarlo, transformando sus límites en barreras superables dialécticamente, pero sin alterar sus fundamentos estructurales. La aceleración del ajuste macroeconómico es el primer paso en un programa integral que buscará intensificar la extranjerización y el extractivismo, con miras a proyectar un proceso de acumulación de capital liderado por la exportaciones, la inversión transnacional y el endeudamiento externo.

Cambiamos nació desde las entrañas del kirchnerismo

Cambiamos (pero más específicamente el macrismo, la fuerza política dominante en su seno) nació de las entrañas del kirchnerismo. Sin el discurso del ‘capitalismo en serio’ y su fracaso, la oposición por derecha difícilmente habría podido canalizar el descontento de fracciones importantes de las bases del kirchnerismo, desilusionadas con el estancamiento económico del último lustro de la ‘sintonía fina’. Entre diciembre de 2012 y diciembre de 2015, el empleo formal (medido en forma parcial por la Encuesta de Indicadores Laborales, EIL, del Ministerio de Trabajo) sólo creció un 0,8%; según el INDEC, entre el segundo trimestre de 2012 y el segundo trimestre de 2015 el consumo total de los hogares creció sólo 5,9%. El ajuste heterodoxo del kirchnerismo operó como respuesta insuficiente para recuperar los equilibrios del ‘modelo canónico’ neodesarrollista (Curia, 2007) pues fue combatido por el pueblo trabajador, neutralizando los principales efectos de ese ajuste. Frente al estancamiento económico (en condiciones de precariedad laboral) y la inflación creciente, la lucha social evitó que se tradujeran en un mayor deterioro de las condiciones de vida. Sin embargo, la capacidad organizativa del pueblo no alcanzó la fuerza necesaria para poner en práctica una alternativa política.

Construyendo la posibilidad (ficticia al fin) de un capitalismo viable y parcialmente incluyente en la periferia, el kirchnerismo trabajó –en los hechos– para crear su propia alternativa por derecha. El desarrollo pensado como consumo a crédito, trabajo superexplotado (precario y mal pago) y ‘universalismo básico’ de las políticas sociales (con financiamiento del Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo –BID–) tiene patas cortas como proyecto de sociedad. Al no alterar los fundamentos del capitalismo dependiente, más temprano que tarde el mito se revela como ficción. Si el desarrollo es construido sólo bajo la forma de “consumir más” (pero entonces, también, trabajar más y más), la derecha siempre podrá capitalizar el descontento. Bajo la ilusión del elogio al mérito y el esfuerzo individual como camino al éxito económico, la derecha podrá acumular apoyos, aún si ese relato niega la realidad de un sistema social que para permitir que algunos pocos afortunados lleguen al éxito, deja en el camino y condena a millones a la mera supervivencia.

Obviamente, en este tiempo, el campo popular tenemos la responsabilidad histórica de no haber sabido desmarcarse del relato de la “vuelta del Estado” y del crecimiento con inclusión social como horizontes, y no haber sabido aportar a la construcción de una alternativa que supere los límites del desarrollo en el capitalismo. Doce años de kirchnerismo desarticularon o integraron una parte importante de la resistencia social nacida de las luchas de finales de los noventa. En parte, esto fue producto del peso histórico que todavía tiene el reformismo, bajo la forma nacional y popular, entre las organizaciones populares. Por otra parte, es consecuencia de la complejidad de recuperar un ideario de radical transformación social para “el mundo que el neoliberalismo nos dejó”, con mayores niveles de fragmentación social. Enfrentamos aún la dificultad enorme de conformar una cultura popular capaz de enfrentar con eficacia a los grandes medios de comunicación en la producción de discursos, de sentidos y horizontes. Esto se expresó en nuestras dificultades para construir un proyecto político propio de las y los de abajo, que privilegie la construcción de poder popular y busque superar el capitalismo, y no simplemente enfrentar el programa neoliberal o neodesarrollista, ambas formas de la ‘economía política del capital’ (Lebowitz, 2005; Félix, 2015b).

Cambiamos o el gobierno de CEOs sin democracia

Cambiamos ha construido un equipo de gobierno articulado en torno a un conjunto de ex–directivos de grandes capitales transnacionales. Conformó un gobierno que pretende organizarse sobre la base de un saber–hacer

(*know-how*) capitalista, empresarial. Ministerios pensados como empresas, ministros que se creen propietarios de ‘su cuota–parte’ del Estado con derecho de gestionar, es decir, en la creencia de poder decidir unilateralmente qué hacer, cómo hacerlo, sin considerar los derechos laborales y los derechos adquiridos, como acostumbraban actuar en las empresas que manejaron. El imperialismo del derecho privado capitalista (y de la autocracia del capital) se abre camino en el Estado a paso cada vez más acelerado.

El aparato estatal pretende ser manejado como si fuera una articulación de feudos empresariales, cuyo accionar se coordinaría a posteriori (*post festum*, sin planificación central previa, sin participación popular) de manera eficaz y eficiente.

La metáfora smithiana de la mano invisible que prevalece en esa concepción de la política es evidente y tan falaz como el relato original. El mercado y la competencia son pésimos organizadores de expectativas, acciones, políticas, proyectos y programas. Sólo sirven para crear un marco adecuado para dar más poder al poderoso, para valorizar al capital, para garantizar la explotación.

De ninguna forma el mercado certifica la construcción de una política coherente, como el macrismo a poco de andar comienza a percibir. Con limitado poder real, frente a la necesidad de acordar, conseguir aliados, y tender puentes para construir hegemonía, el gobierno de Macri comienza a chocar contra el abismo de su propia fragilidad. Nacido endeble en lo formal (con limitado apoyo electoral e institucional), el macrismo enfrenta la inminente necesidad de conformar una fuerza con capacidad de gestión dentro de un Estado débil, que todavía es atravesado por los efectos del ‘Que se vayan todos’ del 2001.

Una alianza política dominada por el PRO del presidente Macri, busca construir un gobierno que parece el ‘comité de gestión de la burguesía’ (la democracia de los CEO o CEOcracia; Mazzeo, 2015), pero difícilmente pueda consolidar una nueva hegemonía que simplemente colocando en las posiciones estratégicas a ex–empresarios o representantes directos de las clases dominantes (*à la* Miliband, 1970), como ha hecho por la mayor parte en una primera instancia. Los ministerios se llenan de CEOs y cada cual atiende su juego. La conducción es difusa porque prima el ‘sentido común’ empresarial. La ‘eficiencia’, la ‘competitividad’, y otros términos similares impregnan un discurso filo–empresarial en los diversos espacios institucionales. Esa forma de gobierno pretende no requerir conducción unificada ni tanta verticalidad. El peronismo es un movimiento sin doctrina ni ideología, por ello funciona con rígida conducción. Es la única forma de

garantizar cierta coherencia de acción. El kirchnerismo operó en ese marco. El macrismo, por el contrario, intenta ser más coherente en la práctica, apoyándose en el ‘saber hacer’ del capital y sus gestores. El pragmatismo prima, pero la coherencia viene del marco conceptual que se destila de la sociedad hegemónizada por el capital.

El macrismo sabe que la posibilidad de consolidarse dependerá de la construcción hegemónica que pueda conformar, incluyendo en la alianza gobernante (aunque no necesariamente ‘en el gobierno’) a sectores sociales y políticos que sean expresión de fuerzas sociales reales (partidos del sistema, sindicatos, organizaciones sociales, ONGs). El Estado es más bien —à la Poulantzas— condensación de las relaciones sociales de fuerza (Poulantzas, 1979), y el macrismo buscará erigir puentes pero también marcar límites (buscando anular disidencias radicales), que le permitan avanzar en su programa intentando construir un nuevo bloque en el poder bajo su liderazgo. Nada certifica que lo logre. La convocatoria al ‘pacto social’ y la Ley de Emergencia Social de fines de 2016, intentaban ser un primer paso en ese sentido. La represión selectiva y control de la protesta social es un paso en la misma dirección. Ambos intentos de componer y contener parecen haber fracasado en una primera etapa.

El gobierno de Cambiemos es un gobierno débil en lo político en un Estado débil. Una fuerza política sin base social organizada, en un Estado todavía atravesado por las demandas de las distintas fracciones de clase, todavía impregnado por el ‘fantasma del 2001’. Ciertamente es que a través de los años del kirchnerismo, se desarticuló mucha de la oposición radical antisistémica; la normalización conflictiva de las demandas populares fue parcialmente exitosa. Por lo tanto, la resistencia social a la radicalización neodesarrollista tiene dificultades para articularse. Esto es especialmente cierto porque la integración de actores sociales relevantes en la lógica política institucional del movimiento peronista juega a favor de una estrategia de conflictividad de baja intensidad, con visos de legitimación sistémica a la construcción de ‘governabilidad’. El macrismo en Cambiemos apunta a aprovechar los primeros meses de gobierno para intentar tomar ventaja de este terreno de desorganización, buscando desarticular la oposición social y política y crear condiciones que permitan legitimar su rol como fuerza política en el Estado. Espera lograrlo a través de la creación de condiciones de reproducción ampliada de las reglas básicas del ‘capitalismo en serio’: inserción por la vía del empleo más o menos precarizado, consumo por la vía del salario y el crédito.

Lo dicho no exime al kirchnerismo de haber contribuido a la conformación de una forma de ser del Estado que reproduce las modalidades burocráticas, autoritarias, patriarcales y precarizantes del capital. Los contratos violatorios de los derechos laborales (desde contratos temporarios hasta falsas cooperativas), programas por fuera de la estructura del Estado, las políticas que tienden a reproducir los estereotipos de género (y una posición subordinada para las mujeres), y prácticas verticalistas y no participativas para la producción, la planificación (o falta de ella) y la gestión de lo público/estatal se multiplicaron en la etapa del kirchnerismo, reproduciendo a escala ampliada la forma del Estado construida a lo largo del neoliberalismo.

La política entendida como gestión, la participación como apoyo pasivo al gobierno de turno y la crítica como ‘traición’ o ‘hacerle el juego de la derecha’, continuaron vaciando la política de contenido radicalmente transformador, de potencialidad de transfigurar lo dado y de formas de protagonismo popular en la construcción de lo común. Sobre esas prácticas de la política sin Pueblo, Cambiemos ha llegado para intentar radicalizar la idea de la política como administración de *statu quo*.

Poco cambia con Cambiemos

Como señalamos, en ese marco el programa del macrismo intenta ser superación dialéctica del neodesarrollismo kirchnerista. El tímido ajuste heterodoxo de la sintonía fina iniciado en 2011 por el último gobierno kirchnerista, e intensificado a fines de 2013 (recordemos la violenta devaluación del peso en el verano de 2013/2014), es acelerado ahora para construir condiciones para la producción y apropiación de valor ‘más justas para el capital’. El ajuste kirchnerista alienó su base electoral, que no pudo conciliar el discurso de las bondades del capitalismo en serio con la realidad del ‘estancamiento con inflación’. El kirchnerismo no logró a partir de allí ni siquiera recomponer un entorno favorable a la mejor versión del ‘crecimiento con inclusión social’. El proyecto de neodesarrollo, superexplotación laboral, extractivismo (saqueo de la naturaleza) y precarización feminizada del trabajo de cuidado, enfrentó sus límites y el kirchnerismo no pudo (en rigor, no quiso) transformarlos en barreras, superándolos.

En la nueva era que comienza el gobierno de Macri busca primero desactivar esas barreras y construir un nuevo *status quo* que permita al capital recuperar su capacidad de acumulación. El gran capital hace años comenzó a desplazar en el tiempo sus contradicciones, frenando inversiones en la economía local y aumentando la salida de capitales, buscando

acelerar la ‘corrección y sinceramiento de las variables’. Dando cuenta de la ‘huelga de inversiones’ (Kalecki, 1943), entre el segundo trimestre de 2012 y el segundo trimestre de 2015, según datos del INDEC, la formación bruta de capital físico (inversión) sólo subió un 7,7% mientras que la inversión en equipo durable de producción (capital constante fijo) sólo aumentó 0,48% en total en igual período.

Una nueva política económica ‘más justa’ para el capital

El nuevo gobierno de Cambiemos busca crear condiciones macroeconómicas ‘más justas’ para el capital para arrancar un ciclo inversor liderado por las transnacionales. Las barreras a desactivar eran esencialmente tres (Félicz, 2015). Primero, mitigar la llamada restricción externa (es decir, insuficiencia de dólares en el ciclo local del capital) que se había convertido en una limitante a la capacidad de acumulación de capital. Segundo, contener la inflación, que se ha convertido en un mecanismo que conspira contra la competitividad del capital local (pues hace caer el tipo de cambio real, abaratando el dólar y con él las importaciones) y tensiona –a la vez que expresa– el conflicto distributivo entre capital y trabajo; por último, la barrera fiscal que –por un lado– alimenta (no causa) la escalada inflacionaria por vía de la emisión monetaria excesiva, como la nafta al fuego, y –por otro– condiciona la posibilidad de recomponer la capacidad de endeudamiento externo (componente fundamental de la estrategia hegemónica de flexibilización de la restricción externa).

En este sentido, las primeras medidas tomadas buscaron desmontar las restricciones a la entrada y salida de capitales (generando como consecuencia instantánea la devaluación del peso superior al 60%) y eliminar y reducir los impuestos a las exportaciones. Se buscó incentivar las exportaciones primarias que son la principal fuente de dólares (en una economía que exporta *commodities* agro-minero-industriales e importa manufacturas; Félicz, 2014) mientras se crean condiciones para acelerar el ingreso de capitales eliminando los límites a su salida, promoviendo incentivos especulativos a su ingreso (por ejemplo, vía el instrumento de las Letras del Banco Central y la venta de dólar futuro) y se recupera la capacidad de endeudamiento externo. Estas medidas han reasignado una enorme masa de recursos desde los sectores populares hacia el conjunto del capital (y sus administradores y propietarios) y en especial hacia las grandes corporaciones transnacionales que controlan todas las ramas de la economía y el comercio exterior.

El anticipo de esas medidas en la campaña electoral (por parte del macrismo pero también del kirchnerismo en la candidatura presidencial de D. Scioli) ya había comenzado a construir ese desplazamiento por la vía de una aceleración inflacionaria anticipada. A partir de la realidad de las nuevas medidas económicas, la inflación ha aumentado aún más. El índice de precios al consumidor en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (provisto por la Dirección General de Estadística y Censos de la misma) aumentó más de 40% entre el primer semestre de 2016 y el mismo período del año anterior, y la tendencia para todo 2016 fue superior aún.

El programa económico del nuevo gobierno busca conformar un nuevo 'clima de negocios' favorable al gran capital y resolver las barreras que el kirchnerismo acumuló a lo largo de su estrategia de ajuste heterodoxo sin cambio estructural. Por defecto, las respuestas han sido (y serán invariablemente) en favor del capital más concentrado y sus costos serán pagados por los mismos de siempre (el pueblo trabajador):

- a. Elevación de las tarifas de energía y transporte con menos subsidios (la declaración de la 'emergencia energética es un paso en ese sentido) a fin de promover la inversión por parte de las empresas privadas/privatizadas;
- b. Cierre de las negociaciones con los fondos 'buitres' (pagando lo reclamado en efectivo, financiado con nuevo endeudamiento) para facilitar un renovado acceso al financiamiento internacional; esto permitiría desplazar en el tiempo la restricción externa aportando recursos para intentar sostener la política de dólar caro ('competitivo') pero bajo control; es decir, sostener el dólar en 'flotación sucia' (con la intervención del Banco Central) a los fines de intentar abrir al menos en los próximos años un nuevo sendero de crecimiento;
- c. Apuntalar este proceso profundizando las inversiones en infraestructura 'económica' (camino, ferrocarriles, generación y distribución de energía, etc.) previstas ya en el proyecto de la IIRSA (Iniciativa para la Integración de la Infraestructura Regional Suramericana). Esto, a partir del financiamiento de los organismos internacionales de crédito (algo que ya venía ocurriendo en el ciclo kirchnerista); un reciente crédito con el Banco Mundial por más de 6000 millones de dólares, negociado por el gobierno anterior, fue el primer paso en este sendero;
- d. Llevar hasta el final la apertura e internacionalización de la economía, buscando cerrar el acuerdo de libre comercio del Mercosur con la Unión Europea (que hace tiempo es discutido bajo siete llaves) y

- profundizando los vínculos con la alianza del Pacífico (y más allá, con China e India como ejes), consolidando una inserción internacional dependiente, de matriz extractivista y super-explotadora de la fuerza de trabajo;
- e. Avanzar en una reducción progresiva del gasto público (sobre todo a través de una política de aumento del gasto por debajo de la inflación, la reducción de subsidios a los servicios públicos y la caída de contratos precarios de trabajadorxs en el Estado en diversos niveles y estructuras) a los fines de cerrar la brecha fiscal (déficit) y comenzar a limitar la emisión monetaria;
 - f. Contener las negociaciones salariales dentro de un sendero por debajo de la inflación real; junto con una política monetaria y fiscal más restrictivas, esto podría bajar la inflación (como ocurrió en 2014) y apalancar a mediano plazo la inversión privada en una nueva ecuación distributiva más favorable al capital. La caída en la inflación para fines de 2016 fue un hecho, pagado y logrado por la vía de una reducción salarial real significativa (no inferior al 5% real a lo largo del año).

Ese programa sintetiza la economía política del capital en los tiempos de la crisis. Con un sesgo de clase evidente, se propone concluir la etapa de crisis transicional y recuperar el crecimiento por un tiempo, que es lo único que el capitalismo puede ofrecer aun si puede hacerlo a un costo creciente para el pueblo y la naturaleza.

El macrismo enfrenta el mismo dilema que el kirchnerismo en su última etapa. ¿Podrá recomponer a tiempo las condiciones para que el saqueo de las riquezas naturales y la superexplotación de la fuerza de trabajo puedan volver a ser la base de un proceso de crecimiento, aunque sea dependiente y estructuralmente excluyente? La ‘liberación’ del dólar, la eliminación integral de las retenciones a la exportación, el ‘arreglo’ con los acreedores internacionales y un mayor ajuste fiscal en el Estado, se presentan como otros tantos medios para tal fin. ¿Alcanzará todo esto para crear las condiciones para reiniciar un ciclo inversor liderado –nuevamente– por las transnacionales? El gobierno de Cambiemos carga las tintas en el futuro, deseando que el capitalismo argentino pueda salir de su inercia.

El macrismo/PRO avanza con pies de plomo, sabiendo que su gobierno nació con legitimidad formal pero poca legitimidad política. Obtuvo sólo 24% en la interna abierta de Agosto de 2015 y luego como fuerza colectiva (Cambiemos) 34,9% en la primera vuelta electoral en octubre de 2015. Habiendo ganado por escaso margen en la segunda vuelta electoral

(apenas 1,5 puntos porcentuales, en noviembre de 2015), carece de peso institucional significativo en gobernaciones, diputados y senadores, con algo más de peso entre intendentes y concejales (en especial, los aportados por el radicalismo). Por ello, arrancó con mano de hierro, llevando al límite (y más allá) todos los poderes formales de una Constitución hiperpresidencialista y delegativa (p. ej., Decretos de Necesidad y Urgencia). El gobierno de Cambiemos decidió que debía condicionar lo más posible las luchas populares. Sabiéndose débil en lo político, salió a mostrar fortaleza golpeando primero. Las instituciones de la Constitución social liberal de la Argentina son flexibles, siempre dentro del campo del derecho del capital. La legalidad de las urnas es tomada por las fuerzas políticas de los partidos del orden como derecho a la gobernabilidad. Los ‘primeros 100 días’ son vistos como cheque en blanco; aunque, a más de un año de gobierno, el ‘crédito blando’ parece comenzar a agotarse.

El gobierno de Macri intenta desviar la atención hacia adelante, en la expectativa de que las exportaciones y el consumo suntuario de las fracciones sociales beneficiadas por la redistribución del ingreso podrán reimpulsar la demanda y el crecimiento económico. Sin embargo, el contexto internacional y regional continúa siendo desfavorable al comercio argentino, lo cual parece inhabilitar al menos en el corto plazo una recuperación fuerte de las ventas externas. La crisis económica y política en Brasil condiciona fuertemente las posibilidades de que la industria automotriz, clave en Argentina en cualquier proceso de crecimiento, se recupere. En paralelo, la economía en los países ‘centrales’ crece lentamente y China se ralentiza, lo cual tiende a mantener relativamente bajos los precios de las principales *commodities* de exportación.

En ese contexto contradictorio, en el gobierno estiman que en el mediano plazo la inversión podrá subir en función de una mayor tasa de ganancia y el aumento de esos componentes de la demanda. La expectativa oficial es que este año sea como el 2002 para el kirchnerismo, pero más parece que será como el año 1999. Entre 1997 y 1999 (año de inicio de la crisis neoliberal) los precios de los productos de exportación cayeron 20%, mientras que ahora, entre 2013 y 2015 esos precios cayeron un 17,3%, según estadísticas del INDEC; por el contrario, entre 2002 y 2004 ese indicador subió un 28,3%. La consolidación del kirchnerismo se dio en un contexto favorable, mientras que el macrismo podría enfrentar un mundo que mundo ‘patea’ abiertamente en contra. Con Brasil sumido en el estancamiento (-3,8% de caída en el PBI en 2015, similar en 2016), los países centrales a marcha lenta (1,9%) y China en desaceleración (de 7,3% en

2014 a 6,9% en 2015), si los precios internacionales no se recuperan, Argentina parece enfrentar un mundo similar al que enfrentó la Alianza (en la presidencia de Fernando de la Rúa) en 1999–2001. En el ámbito local, se encuentra abierta e indeterminada aun la batalla por la redefinición de los términos de la explotación y las relaciones de valor (poder de compra de los salarios, tasas de ganancia, nivel de precios y tipo de cambio real, nivel de empleo, etc.).

Cambiamos tiene a su favor el giro regional hacia el centro–derecha. Por un lado, el faro de los proyectos de cambio más avanzados, Venezuela, atraviesa una crisis política y económica sin precedentes desde el ascenso del Chavismo, causada por la prevalencia del extractivismo petrolero, por el avance del imperialismo y la radicalización de la derecha, y por el bloqueo al proceso de construcción del Estado Comunal. Por otra parte, con la salida (aun si temporal) del PT del gobierno en Brasil, el hegemón regional seguramente intente acelerar el avance del proyecto subimperialista de la burguesía brasileña (que el propio Partido de los Trabajadores ha consolidado). Sobre esta coyuntura regional, se montan los viejos y nuevos imperialismos. Buscando cosechar en este ‘río revuelto’ las potencias de los países hegemónicos (esencialmente, EE.UU. y la Unión Europea) y los nuevos centros de acumulación de capital en la periferia (como China e India) despliegan todo su arsenal político, económico y –llegado el caso– militar, a fin de poder ampliar los espacios para apropiarse de las riquezas naturales y el trabajo de nuestros pueblos. Esto ocurre en un marco en que los movimientos populares en la región todavía están intentando salir de la modorra construida por una década de gobiernos ‘progresistas’ o gobiernos populares que no lograron superar los límites de sus capitalismo vernáculos. La región se ha convertido en área de pruebas de la radicalización por derecha de las experiencias de neodesarrollo y el macrismo intentará no quedar atrás en ese respecto.

Para el gobierno entrante, la pregunta es si el rebote que espera alcanzará para ganar legitimidad social y política para ampliar su capacidad hegemónica. Con ese objetivo en mente, las políticas sociales universalistas pero básicas están siendo ampliadas (como viene ocurriendo desde hace años, con el apoyo del Banco Mundial y el BID) para que garanticen niveles mínimos de ingresos pero obliguen al pueblo trabajador a seguir concurriendo masivamente a un mercado de trabajo precarizado. El mencionado crédito del Banco Mundial es en parte para financiar la ampliación ya anunciada de la Asignación Universal por Hijo/a (AUH) a los monotributistas. La reforma en el seguro social para la vejez (jubilaciones

y pensiones) ya fue puesto en la agenda futura, incluyendo la propuesta de aumento en la edad de retiro junto con la universalización de beneficios mínimos. El universalismo básico (Molina, 2006) parece consolidarse como forma de integración social para el universo de los/as ‘excluidos/as’.

Desde el punto de vista del núcleo del proceso de valorización del capital, el gobierno proyecta medidas que buscan promover la inversión en los sectores estratégicos ya consolidados, dando carnadura a la veta desarrollista que lo constituye. No será meramente un gobierno neoliberal (es decir, destinado a la reestructuración general de la sociedad) sino un gobierno que buscará crear las condiciones normativas e institucionales que permitan, con el apoyo fundamental del Estado, relanzar el crecimiento en un marco capitalista. El ajuste macroeconómico (en su etapa heterodoxa kirchnerista y ortodoxa macrista) es sólo el primer momento en ese proceso, de la misma forma que la salida de la Convertibilidad y las ‘reformas’ del duhaldismo crearon las bases para el programa del kirchnerismo. No asistimos al ajuste estructural neoliberal sino a la intensificación del neodesarrollismo.

Desde el proyecto Belgrano (un proyecto de infraestructura de transporte y energía, enmarcado en la IIRSA), hasta la política de comunicaciones (que pretende abrir a las transnacionales un campo fértil para inversiones en tecnologías de la comunicación y la información); desde la continuidad en el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva (con la permanencia del ex ministro kirchnerista Lino Barañao) en favor de las asociaciones público–privadas con fondos y recursos públicos, hasta la creación del Ministerio de Agroindustria y Ministerio de Energía y Minería para apuntalar el desarrollo del saqueo de las riquezas naturales, pasando por una nueva política de precios en los servicios públicos privatizados que elevará las tarifas y quitará regulaciones para inducir la inversión; todas estas iniciativas pretenden alimentar un shock de inversiones que propulsen el crecimiento.

Como dijimos, en cualquier caso, mucho depende de lo que ocurra a escala global pues la herencia neoliberal pone a la Argentina en un lugar dependiente y subordinado: el capital transnacional invertirá en el país sólo si las condiciones son ‘objetivamente’ suficientes y si –además, y prioritariamente– encajan en el marco de sus estrategias globales de valorización. Reclamará entonces, no sólo tasas de ganancia potencialmente elevadas sino condiciones sociales y políticas adecuadas (‘governabilidad’ y baja conflictividad). En tal sentido, el crecimiento de la resistencia social que comienza a converger en movilizaciones unitarias de las centrales sindi-

cales, organizaciones sociales y políticas son para Cambiemos una luz de alarma.

La recuperación del crecimiento (aunque fuera leve) y una caída en la inflación (aunque moderada) son los objetivos de política económica del macrismo a cortísimo plazo. El costo de esta estrategia son enormes por la caída del empleo, los salarios y el gasto público (que crecerán por debajo de la inflación), por el ingreso en la pobreza y la indigencia de miles de personas a corto plazo.

Hacia fines de 2016, el macrismo espera, la economía podrá crecer un poco y la inflación bajar, creando un mejor clima social. Luego de años de estancamiento en los últimos años del kirchnerismo, una leve mejoría podría recrear la confianza en el ‘capitalismo en serio’, que es el mito que constituye la principal herencia del kirchnerismo en términos societales. Si el acuerdo de la deuda abre el grifo del crédito internacional, algunas fracciones de los sectores medios, más formalizados y mejor pagos, podrían llegar a ampliar su apoyo al gobierno si el resultado de las nuevas políticas facilita el acceso al crédito, al dólar y el consumo de bienes importados (Cantamutto y Schorr, 2016). Una situación similar a la de 1991 (boom de consumo por baja en la inflación, consumo en cuotas y crecimiento económico; después del ajuste violento de 1989-1990) es el ideal de Cambiemos.

Ni revolución ni alegría: sólo el pueblo salvará al pueblo (y terminará con Cambiemos)

Ese combate abierto nos pone frente a la pregunta por el futuro de la ‘revolución de la alegría’, como se autodenominaba Cambiemos en medio de la campaña electoral de 2015. Esa disputa opera todavía en el filo de un debate entre las necesidades de la gobernabilidad de la institucionalidad burguesa, y la necesidad del pueblo trabajador de evitar un deterioro aún mayor en sus condiciones de vida. En este plano operan las batallas legislativas que conforman alianzas flexibles que van entre el campo del gobierno y el de la oposición parlamentaria; también en ese nivel circulan la mayor parte de las luchas de orden defensivo contra despidos arbitrarios en masa y por aumentos salariales.

El problema es que la gobernabilidad burguesa como exigencia se opone siempre a las demandas populares por mejores condiciones de vida. Las presiones del ‘ajuste’ en tiempos de crisis y las demandas de ‘moderación’ en tiempos de auge se colocan como un límite sistémico a las exigencias del pueblo trabajador. La gobernabilidad y la defensa de las instituciones estatales operan como un intento de restringir esas demandas

dentro de las posibilidades formales de la reproducción de una sociedad dominada por las necesidades del capital, en especial de los intereses del gran capital transnacionalizado.

Nuevas condiciones de distribución ‘más justas para el capital’ serán el objetivo de las clases dominantes, pero ello sólo es posible aplastando la resistencia social. La articulación de las luchas del pueblo serán la clave para frenar este proceso. Una articulación que se sustente en la organización de la subjetividad popular en torno a las luchas concretas como punto de partida para la disputa por el desarrollo. El enfrentamiento contra el capital (y su poder en el Estado y los partidos del orden) en las calles, los lugares de trabajo, en los barrios y el territorio, será (está siendo) la base del surgimiento de un nuevo ciclo de lucha. Ese nuevo comienzo podrá poner en pie el proyecto del 2001, el proyecto de radical transformación de la sociedad. Un proyecto de cambio social que se proponga destruir los límites del neodesarrollo a través de la superación dialéctica de sus presupuestos, a través de la desarticulación de su modelo productivo, político y social. Nuestra batalla será hoy por enfrentar el ajuste capitalista, el ajuste del neodesarrollo que busca su intensificación. La disputa de hoy será el punto de partida para superar el fetichismo del Estado social (y el desarrollo a través suyo) como únicas alternativas posibles. En este sentido, la lucha será también para evitar que la táctica subordine a la estrategia: que la articulación de la resistencia a la fase ortodoxa del ajuste no subsuma el proceso de lucha radical en el proyecto restaurador de las fuerzas políticas de los partidos del orden que aspiran a suceder –tarde o temprano– al marxismo. El socialismo latinoamericano, bajo la forma del buen vivir y la democracia con protagonismo popular, deberá volver al frente de batalla.

“Darle tiempo al gobierno” o “Esperar hasta la próxima elección” son algunas de las formas que asume la exigencia de resignación, que reduce el gobierno del pueblo (es decir, la democracia) al voto periódico y pretenden neutralizar su demanda de protagonismo. Si cedemos la iniciativa, si negamos nuestra capacidad de transformar la realidad y de desestabilizar el proyecto del capital, abandonamos la posibilidad de soñar nuestro futuro y construirlo. Por eso, como señalaba el poeta Bertolt Brecht, no podemos aceptar “lo habitual como cosa natural. Porque en tiempos de desorden, de confusión organizada, de humanidad deshumanizada, nada debe parecer natural. Nada debe parecer imposible de cambiar”.

Bibliografía

- Anzorena, Claudia, *Mujeres en la trama del Estado Una lectura feminista de las políticas públicas*. Mendoza: Ediunc, Universidad Nacional de Cuyo, 2013.
- Bonnet, Alaberto y Piva, Adrián, “Un análisis de los cambios en la forma de Estado en la posconvertibilidad”. En: Grigera, J. (comp.), *Argentina después de la convertibilidad (2002-2011)*. Buenos Aires: Imago Mundi, 2013, pp. 3-32.
- Cantamutto, Francisco / Schorr, Martín, “Frentes abiertos”. En: *Página/12* (25 de abril de 2016).
- Curia, Eduardo, *Teoría del modelo de desarrollo de la Argentina: las condiciones para su continuidad*. Buenos Aires: Galerna, 2007.
- Dinerstein, Ana Cecilia / Contartese Daniel / Deledicque, Melina, “Notas de investigación sobre la innovación organizacional en entidades de trabajadores desocupados en la Argentina”. En: *Revista Realidad Económica* 234 (2008).
- Falquet, Jules “Hacia un análisis feminista y dialéctico de la globalización neoliberal. El peso del complejo militar-industrial sobre las mujeres globales”. En: *Cuadernillo Boltreano*. Material de Cátedra Libre Virginia Bolten, La Plata (2016)
- Félix, Mariano, “Sin clase. Neodesarrollismo y neoestructuralismo en Argentina (2002-2011)”. En: *Século XXI: Revista de Ciências Sociais* [Programa de Pós-Graduação em Ciências Sociais do Centro de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Federal de Santa Maria (Brasil)] 2/2 (2012), pp. 9-43.
- , “Neo-developmentalism, Accumulation by Dispossession and International Rent - Argentina, 2003-2013”. En: *International Critical Thought* 4 /4 (2014a), pp. 499-509.
- , “Economía política para la transición. Más allá del neodesarrollismo”. En: *Revista Herramienta* 54 (2014b)
- , “¿Neodesarrollismo a la deriva en Argentina? Hegemonía, proyecto de desarrollo y crisis transicional”. En: *Márgenes. Revista de economía política* 1/1 (2015a), pp. 95-118.
- , “Limits and barriers of neodevelopmentalism: Lessons from Argentina’s experience, 2003-2011”. En: *Review of Radical Political Economics* 47/1 (2015), pp. 70-89.

- , “¿Qué hacer... con el desarrollo? Neodesarrollismos, buenvivir y alternativas populares”. En: *Sociedad y Economía* [Universidad del Valle] 28 (2015b), pp. 29-49.
- Kalecki, Michal, “Capítulo 12: Aspectos políticos de la plena ocupación (1943)”. En: –, *Ensayos escogidos sobre dinámica de la economía capitalista 1933-1970*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1977, pp. 159-166.
- Lebowitz, Michael, *Más allá de El Capital. La economía política de la clase trabajadora en Marx*. Madrid: Akal, 2005
- Marini, Ruy Mauro, “La crisis del desarrollismo” borrador, archivo de Ruy Mauro Marini (2014) (http://www.marini-escritos.unam.mx/085_crisis_desarrollismo.html) (último acceso: 20/5/2017).
- Mazzeo, Miguel, “Argentina: la CEOcracia, la añorada mediocridad burguesa y lo inédito viable” (10 de diciembre de 2015). En: *Contrahegemoniaweb.org.ar* (<http://contrahegemoniaweb.com.ar/argentina-la-ceocracia-la-anorada-mediocridad-burguesa-y-lo-inedito-viable/>) (último acceso: 20/5/2017)
- Miliband, Ralph, *El Estado en la sociedad capitalista*. México: Siglo XXI, 1970.
- Molina, Carlos Gerardo (ed.), *Universalismo básico. Una nueva política social para América Latina*. México: Editorial Planeta Mexicana, Banco Interamericano de Desarrollo, 2006.
- Poulantzas, Nicos, *Estado, Poder y Socialismo*. México: Siglo XXI, 1979.
- Segato, Rita L., *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Puebla: Pez en el árbol, 2014.
- Svampa, Maristella / Viale, Enrique, *Maldesarrollo. La Argentina extractivismo y el despojo*. Buenos Aires: Katz, 2014.
- / Sola Álvarez, Marian, “Modelo minero, resistencias sociales y estilos de desarrollo: Los marcos de la discusión en la Argentina”. En: *Ecuador Debate* 79 (2010).
- Voces de Alerta, *15 mitos y realidades de la minería transnacional en la Argentina*. Buenos Aires: El Colectivo/Herramienta, 2011.